

FERNANDO PARRA NOGUERAS

Las cinco vidas del traductor Miranda



**EL MISTERIO SOBRE EL TRADUCTOR
DE LA POLÉMICA NOVELA DE RUSHDIE**



Las cinco vidas del traductor Miranda

Fernando Parra Nogueras

Las cinco vidas
del traductor Miranda

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: octubre de 2022

© Fernando Parra Nogueras, 2022

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2022
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA
ISBN: 978-84-125219-5-5
Dep. Legal: M-24824-2022

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Sin título*, © Candela Rodríguez Beamonte, 2022

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

*A todos los escritores, editores, traductores y librerías
que defienden con arrojo la patria inexpugnable de la Literatura*

A la memoria de Mario Lacruz

A Salman Rushdie

NOTA DEL EDITOR
Una fábula para la Libertad

EL ATENTADO CONTRA SALMAN RUSHDIE el 12 de agosto de 2022, décadas después de que el ayatolá Jomeini decretase con una fetua de alcance planetario (1989) su asesinato (así como el de todos cuantos difundiesen el libro *Los versos satánicos*, considerado blasfemo por él y su régimen dictatorial, que aún sigue hoy en el poder), cuando muchos pensaban que el peligro había desaparecido, y que se había pasado definitivamente la página de esa historia truculenta, demuestra que sigue más vigente que nunca el fanatismo religioso islamista, en su cruzada contra los valores de libertad y de igualdad y, en el fondo, en su odio contra nuestra civilización occidental.

El ver a mi padre, Mario Lacruz, quien fuera el editor del libro en lengua española, convertido en uno de los personajes

de la novela me ha hecho revivir, no sin estremecimiento, aquellos lejanos días en que la amenaza asesina se cernió sobre él e, inevitablemente, sobre nuestra familia.

De seguir vivo, no sé qué habría pensado, él, que era también novelista, al saberse personaje de una ficción que precisamente gira en torno a la publicación de *Los versos satánicos*; pero intuyo que, como editor, habría sabido valorar el buen hacer literario del autor en esta obra que fabula sin cortapisas una historia en la que, si bien la psicología se erige (como en las mejores novelas, pues ¿qué sería la novela sin psicología?) en motor principal de la narración, lo hace siempre al servicio de una intriga verosímil y apasionante.

Fernando Parra da con esta novela una respuesta al integrismo islamista y lo logra mediante lo que más odian los fanáticos: la fantasía. Pocas venganzas caben, en mi opinión, más bellas para los crímenes que sigue cometiendo el fanatismo, religioso y de todo signo, contra la Libertad.

MAX LACRUZ

Luxemburgo, septiembre de 2022

PRÓLOGO

AMIGO LECTOR:

Terminé esta novela hace más de dos años, durante la primavera de 2020. Desde entonces el manuscrito había reposado en un cajón para que su publicación no se solapase en el tiempo con la última novela que había escrito y que se iba a publicar en enero de 2021. Ya se sabe que conviene que los libros tengan su recorrido antes de dar a la imprenta otro nuevo. Pues bien, ese momento había llegado ya. Sin embargo, el atentado contra Salman Rushdie, perpetrado el pasado 12 de agosto de 2022, estuvo a punto de dar al traste con el proyecto. Yo era aún un niño cuando se produjo la infame fetua del ayatolá Jomeini y solo mucho más tarde descubrí la historia de Rushdie, leyendo un precioso ensayo sobre traducción escrito por Javier Calvo y titulado muy

significativamente, *El fantasma en el libro*. El caso es que bucéé por aquella historia, leí *Joseph Anton*, las memorias de Rushdie, rastreeé en la prensa de la época, y, cuando quise darme cuenta, había escrito una novela. En ella, además, fabulaba libremente sobre la vida del anónimo traductor español, al que convertí en un personaje de ficción, y hacía un homenaje a Mario Lacruz, a la sazón el admirable editor que lideró aquella coalición de editoriales valientes que no se postraron ante las coacciones de los tiranos y que publicaron conjuntamente *Los versos satánicos*. Aproveché también el libro para abordar dos de mis grandes obsesiones literarias: la identidad y la culpa. El lector podrá imaginarse el tamaño de mi conmoción cuando aquella tarde de agosto, tan fresca aún en la memoria, mientras andaba ocioso cambiando los canales del televisor, me asaltaron a boca-jarro las imágenes del intento de asesinato de Rushdie. Al dolor meramente solidario con alguien como Rushdie, a quien había incorporado a mi vida cotidiana casi como a un familiar tras tantas horas conviviendo con él y con sus desgraciadas vicisitudes en mi novela, se sumaba a la vez la enorme desolación de comprobar que mi libro no podría publicarse, pues de repente la novela adquiriría un tufo oportunista con el que yo no podía sentirme cómodo. Daba igual que la novela hubiera sido escrita hacía más de dos años, cuando yo, en mi ingenuidad, no podía imaginar siquiera que esto pu-

diera suceder. ¿Y cómo preverlo, si la fetua había cumplido más de treinta años y todo parecía haberse enfriado? Daba igual. La lacerante sensación de que mi novela pudiera parecer a los ojos de los lectores y de los míos propios como una forma rastrera y oportunista de sacar tajada literaria de una desgracia ajena, de hacer carnaza, como hacen otros, con la literatura, acabó por convencerme de que debía abandonar el trabajo al que había dedicado tanto tiempo, esfuerzo y sacrificios.

Inmediatamente, algunos colegas escritores a los que trasladé mis tribulaciones trataron de hacerme ver las cosas de otra manera. Opinaban que más que oportunista, la novela era más bien oportuna: la respuesta inmediata de la cultura ante el acto atroz que quiere condicionar nuestra forma de ser y de estar en el mundo. Un loco atenta contra la libertad de expresión y, casi al instante, sale un libro que homenajea a Rushdie y reivindica su valentía y su apostolado. Añadían, además, que nadie podría reprocharme oportunismo alguno habiendo escrito la novela dos años atrás.

La decisión final es obvia. La tienes entre tus manos. El libro se publica, además, al amparo de la editorial Funambulista, que dirige Max Lacruz, el hijo de Mario Lacruz, como si, por esta vez, me arropase una suerte de justicia poética y todo quisiera encajar perfectamente. Queda, no obstante, a tu criterio y sensibilidad el prejuicio que recae sobre mí. Si

es absolutorio, quedo tranquilo y agradecido. Y si el escrúpulo de este prólogo, aunque haya nacido de la más pura honestidad, no te convence, sabrás al menos concederme el beneficio de la duda.

FERNANDO PARRA NOGUERAS
Alicante, 1 de septiembre de 2022

Las cinco vidas del traductor Miranda

—¿Quiere confiarme alguna otra culpa?

—No —respondió Delise sin energía, apartando la cabeza—. Es decir, no lo sé con seguridad. Acaso haya cometido otra.

(Mario Lacruz, *El inocente*)

También me gusta pensar que somos fantasmas. Simples improntas psíquicas. Nuestro trabajo permanece en la página ya no como un vestigio, sino como un eco. El reverso de un texto, su negativo fotográfico. El blanco de la página que llena el espacio entre las palabras. El contorno de un trampantojo.

(Javier Calvo, *El fantasma en el libro*)

Escribir un libro es establecer un contrato fáustico a la inversa [...]. Para conseguir la inmortalidad, o, al menos, la posteridad, pierdes, o, al menos, arruinas tu vida cotidiana real.

(Salman Rushdie, *Joseph Anton*)

Caminamos juntos por las calles más estrechas y populosas del centro de Granada [...], cercados por una guardia invisible de policías de paisano. Me daba cuenta de que para ese hombre [...] el simple hecho de pasear por una calle, [...] era a la vez un deleite absoluto y un acto de coraje. [...] Tal vez sin su ejemplo yo no sabría agradecer plenamente el privilegio de estar escribiendo en libertad estas palabras.

(Antonio Muñoz Molina, «La dignidad de un hombre»,

La vida por delante)

PRIMERA PARTE

TRADUTTORE, TRADITORE

1
MIRANDA

Invierno de 1990

ESE HOMBRE QUE AHORA se prueba una peluca frente al espejo de una sórdida habitación londinense se hace llamar Joseph, aunque los policías al cargo de la operación Malaquita habitualmente lo llaman Joe. Pero ni Joseph es su verdadero nombre ni el feo edificio del número 15 de Hermitage Lane donde lo hallamos disfrazando su identidad es tampoco su casa. Se ha decidido que Joseph debe morir. Ha cometido el delito de escribir un libro.

En ese mismo momento, a mil seiscientos kilómetros de distancia, en una ciudad de provincias española a orillas del Mediterráneo, otro hombre se observa también en el espejo escrutando entre el azogue purulento de su superficie

algún indicio que le revele de quién es el rostro del desconocido que le devuelve la mirada. Desde hace más de medio año asumió incomprensiblemente el nombre de José Luis Miranda. Aunque bien pudiera haber sido Juan Luis o Jorge Leopoldo, qué más da, las iniciales J. L. con las que decidió firmar su trabajo no lo dejan claro. Miranda también debe morir. Ha cometido el error de traducir un libro. Por eso, nadie en la editorial se explica por qué Miranda se presenta ante todos con su nombre ficticio, con el nombre que debiera servirle de parapeto para salvar su vida. Todos se preguntan si es temeridad, excentricidad o locura. Si es deseo de protagonismo. Pero es «J. L. Miranda» el nombre que identifica la placa del buzón de su casa; «J. L. Miranda» quien aparece en los anuncios clasificados para vender su colección de discos; la parte trasera de su Talbot exhibe un adhesivo que reza: «A bordo conduce J. L. Miranda»; en la biblioteca pública, donde no le han pedido el DNI, se ha inscrito como socio con el nombre de su heterónimo; en los locutorios árabes, para que lo oigan bien, levanta llamativamente la voz a un supuesto destinatario —el contestador de su propia casa— y se presenta ante su mudo interlocutor: «Hola, soy José Luis Miranda». De madrugada, en el cuchitril de una prostituta árabe, tan difíciles de encontrar, tras derramarse mecánicamente y sin placer, la mujer semidesnuda respeta aburrida el epílogo de las confidencias poscoito, y entonces Miranda, mientras

apura su cigarro y observa las volutas de humo perderse en la cochambre del techo, le dice: «Yo soy José Luis Miranda, el traductor del libro blasfemo, puedes decírselo a tus amigos, díles que vengan de una vez a por mí». Luego se pierde en los bares que aún quedan abiertos, bebe acodado a la barra hasta emborracharse, y ante los pocos parroquianos silenciosos que conforman aquel detritus de la madrugada rema con dificultad entre las palabras, zozobran las sílabas e, irritado consigo mismo por los escollos del alcohol, escupe con voz aguardentosa la flema de su frustración como una súbita pleamar en la que desease naufragar y desaparecer para siempre. Y grita, ante la indiferencia de su apática asamblea de zombis:

—¡Yo soy José Luis Miranda, el traductor de *Los versos satánicos*!

JOSEPH. LLAMÉMOSLO ASÍ DE MOMENTO, porque debe agarrarse a ese nombre para su propia supervivencia y no seremos nosotros quienes lo delatemos; llamémoslo, sí, Joseph, porque ¿acaso este hombre despojado de todo lo que ama, expoliado de todo aquello que definía la esencia de su persona, desvalijados su trabajo, su libertad, sus sueños y proyectos, puede llamarse ya como solía cuando su mundo aún no se había desmoronado? Joseph, pues, arroja con rabia la peluca sobre la caja de cartón en la que el cabello artificial había llegado esa misma mañana. Hace tan solo unos minutos, en Sloane Street, cerca de los grandes almacenes de Harvey Nichols, los transeúntes lo han reconocido. La policía entonces lo ha vuelto a meter de inmediato en el Jaguar blindado y lo ha llevado de regreso a su escondite. La peluca en la caja es

ahora una piltrafa deshilachada, desposeída —ella también— de su identidad y función en el mundo. Un pelo postizo que ni siquiera sirve para la cabeza de un hombre postizo rebautizado con un nombre postizo. Observándola en su yacija de cartón, Joseph piensa que siempre puede existir alguien en peor situación que la suya, aunque sea esa peluca desnaturalizada que se desparrama como una medusa muerta sobre la arena de una playa vacía. Tan distintos, él y la peluca, de aquellas personas que hace un rato lo señalaban con el dedo en mitad de la calle, a medio camino entre la sorpresa y la burla. Ciudadanos seguros de sí mismos que caminan a cara descubierta, sin temor a nada, sin miedo a que un perturbado aparezca de pronto desde cualquier esquina y les meta un tiro en la nuca; altas las cabezas, con sus documentaciones en regla colocadas ordenadamente en un compartimento de su cartera, junto a las tarjetas de crédito, las fotos familiares, el carné de socio de la piscina, el permiso de conducción, la entrada olvidada de un cine... La cartera de un hombre libre. Quizás, entre ellos, algún otro Joseph, porque todos tenemos algo que ocultar, y tal vez en la cartera de aquel hombre casado que le ha gritado: «Es el cabrón de Rushdie con peluca», se conserve aún el reclamo sellado del club nocturno que con las prisas olvidó tirar a la acera tras salir de allí abrumado por los remordimientos y por aquel baldón que acababa de clavar en la felicidad de su matrimonio.

Pero, vaya, ya está Joseph inventando historias con las vidas ajenas, aunque sean estas mediocres y predecibles, tal vez malintencionadas por puro rencor, el rencor hacia quien lo señala en la calle con la hipócrita autoridad del que se siente a salvo entre las lindes de su moral y la cotidianidad incólume de una vida higiénica y ordenada. Pero contar historias es acaso lo único que Joseph sabe hacer en la vida, aunque el rédito de su talento creativo le haya reportado el infierno que ahora vive. Crear historias: quizás lo único que pueda salvarle de volverse loco. Aunque es difícil seguir escribiendo en esta casa alquilada de Hermitage Lane, de estancias prácticamente vacías, cuyo escaso mobiliario básico apenas logra dotar a los espacios de una mínima sensación hospitalaria. Así la página en blanco: una habitación ártica donde las pocas palabras que pugnan por habitarla se estremecen al escucharse en el eco de la nada y vuelven asustadas y tiritando de frío al refugio uterino de las cosas que aún no son. Sí, la página en blanco es una habitación de esta casa en Hermitage Lane. Que su capacidad para la escritura se ha visto mermada lo sabe Joseph cuando mira las siluetas caprichosas que en el techo de su improvisado despacho urden las humedades. En otras circunstancias, aquellas manchas azarosas nacidas de la arbitrariedad del caos líquido habrían hallado su cosmogonía en la imaginación de Joseph y, así, aquel chafarrinón informe que se extendía bajo las molduras descoloridas podía

adquirir las más variopintas e ingeniosas formas zoomórficas o convertirse en el mapa pangeico de la ínsula de la ficción, cuyos rincones, vírgenes y maravillosos, aguardaban ser explorados y colonizados. Ahora solamente son manchas de humedad. En cambio, en otro tiempo mejor, con la espuma que formaban el agua y el champú sobre la bañera de su hijo Zafar, siempre había sido muy fácil. De aquella espuma, junto a los animalitos de sándalo o las *shikaras* de juguete que navegaban por la bañera, salían los cuentos de la hora del baño que tanto entusiasmaban a su hijo. Las figuras tenían allí, además, la capacidad de desplazarse, de manera que los seres quiméricos, que cobraban carta de naturaleza gracias al demiurgo de la inventiva, se hacían reales al moverse en aquel escenario de porcelana y decidir ellos mismos sus destinos en la historia. A veces formaban coaliciones con otros seres de espuma y aquello podía ser el ansiado matrimonio de los desdichados amantes, o dos ejércitos que se unían para derrotar al endriago que amenazaba en la otra esquina de la bañera. Otras veces, Joseph (cuando todavía no era Joseph) sumergía un recipiente para llenarlo con el agua y fingía que sorbía de él un trago. El agua maravillosa había obrado la magia y de su ingesta nacían las historias que le contaba a Zafar igual que, otrora, su padre, cuando no estaba de mal humor o borracho, se las contaba a él. Pero, inevitablemente, tras acabar el baño y retirar el tapón del desagüe,

todo aquel mundo burbujeante se precipitaba hacia el orco del sumidero y allí moría no sin antes dar sus últimos estertores en la imaginación excitada de su hijo, que lo evocaba durante el sueño o en el recuerdo cada vez más borroso. ¿Por qué no salvar entonces todas aquellas historias perdidas en un canalón o en la incluso oscura de la memoria y hacerlas libro para su conservación perenne? Cumpliría, además, con la vieja promesa —vieja porque se le antojaba que habían pasado años desde su reclusión— de escribir un libro para su hijo. «¿Por qué no escribes un libro que yo pueda leer?», le había preguntado un día. Y él había prometido hacerlo. Un libro donde la mirada limpia de un niño se posara sin más prejuicio que la fantasía, ojos que no ensucian ni tergiversan, que no inyectan su ira en cada renglón llamando a la venganza irracional, pupilas puras que embellecen ellas mismas las palabras que leen porque las bañan en su inocencia prístina, a salvo de las miserias del hombre —patria, religión—, todo aquello que la humanidad ha convertido en sagrado e incontestable, sin saber que lo único que merece ser sacralizado es la mirada de un niño. Y en estas horas inciertas, ese libro había de ser para Joseph su salvación, la razón de ser que evitase su hundimiento, el alivio de su clandestinidad forzosamente, su acto de amor, denodado y luminoso, que vencería el miedo y la oscuridad; su triunfo, en definitiva, ante los heraldos de la muerte que lo perseguían. La victoria, también, de la

Literatura, enseñoreándose refulgente sobre los que deseaban amordazar su verbo inviolable.

El recuerdo de la promesa hecha a su hijo acicatea su ánimo abatido. Por eso las humedades del techo comienzan, de repente, a cobrar vida. Durante las horas siguientes, el padre de Zafar se libera de Joseph. Mientras está sentado frente a la máquina de escribir, su avatar ha quedado olvidado. Joseph yace inane e inerte, mezclado con la peluca, en la caja de cartón. Y es Salman quien escribe enfebrecido.

3

EPILEPSIA

Y, sin embargo, hay miradas de niños que hielan el corazón. Miradas turbias, llenas del odio aprendido de sus mayores, cuencas que alojan, sedimentadas por generaciones de rencor, la gorgona despiadada del aborrecimiento. Yo he visto esos ojos en la manifestación de Bradford primero, y luego todo el mundo los pudo ver en la televisión. Los ojos del niño de doce años que explicaba ante las cámaras su disposición a matar él mismo al traidor. No sé si mi rostro en Bradford se asemejaría al de ese niño o a esa faz colectiva de las casi mil personas que salimos a la plaza The Tyrns aquel glorioso 14 de enero de 1989 para quemar el libro blasfemo, solo un mes antes de la fetua, como un prólogo necesario al edicto del ayatolá. Cuando contemplo las ampollas de mis manos, me da miedo pensar que sí, que mi cara reflejase también la mirada